

NAUFRAGIO NOTABLE.

He aquí los detalles de uno de los naufragios mas notables que existen en los anales marítimos. La siguiente relación está hecha por un testigo ocular:

(31 de Agosto de 1855 á las tres de la tarde.)

El mar siguió enfurecido: todo anuncia una noche terrible; las barcas pescadoras han entrado en el puerto, salvo una, el núm. 71, que se la cree perdida. Se espanta el rumor de que el pesquero de Londres que se separó de nosotros ayer por la noche, se ha perdido igualmente. No puedo creer esta noticia, que quizá es promturo, pero todo es de temer. Conozco desgraciadamente á dos de los pasajeros: entre otros una jóven, y tiemblo por su vida: si el pesquero *The Queen of Netherland* ha podido entrar de arriba en Ramazargate se ha salvado. Salgo al momento para trasladarme á la playa: hay señal de un buque en peligro: es de tres palos y de gran porte, y no tiene pabellón. Con el antejo es fácil ver que trata de irse á alta mar; el viento le impela hácia la costa: si hará se pierde incontestablemente.

(Cuatro y medio de la tarde.)

El suceso previsto ha tenido lugar: acaba de barar el lugar está en frente del establecimiento de los baños; el mar está mas alterado que nunca; hay mucha resaca. Con el antejo es fácil distinguir la tripulación: los marineros se precipitan por todos lados á la playa; se arrojan á brazo al agua; espérase al menos salvar la tripulación y pasajeros: en cuanto al buque, es preciso no pensar ya en él: el mar va su flujo debe hacerle pedazos.

(Seis de la tarde.)

La noche se ha botado al mar: no puede aproximarse. Un patron de una barca pescadora llamado Henin (no olvidéis este nombre) dice que va á arrojarle al mar. Se despoja de sus vestidos, y toma con una mano una cuerda: nadie se atreve á seguirle. Vésele luchar contra las olas: lo que asombra es la inmovilidad de la tripulación, que no hace señal alguna. Se ha preguntado el motivo de ello: ¿los desgra-

ciados no tienen ya valor para hacerlo? ¿cómo el capitán en salva el buque?... Me traslado á la playa.

(Once de la noche.)

¿Qué horroroso espectáculo! no lo olvidaré en mi vida. Trece cadáveres amontonados confusamente en la sentina del buque propiedad de la *Sociedad Humana*. Todo ha perecido: ciento ochenta mujeres, doce niños, trescientos marineros de la tripulación.

Tres desgraciados están fuera de peligro: ¿qué noche tan espantosa! Quiero daros, sin embargo, algunos pormenores.

Hacia las siete de la tarde se ve al valiente Henin llegar al buque. Vése á un marinero arrojarle una cuerda, despues retírala; el mismo Henin, á punto de perecer, se ve obligado á soltar la cuerda y volverse á la playa: quiere arrojarla de nuevo al mar; pero sus fuerzas están agotadas.... Es preciso renunciar á toda esperanza de salvar á estos desgraciados: el día declina, empieza á soltar la marea; el silbido del viento y de las olas no permite oír los gritos de estos desgraciados. ¿Cómo describirlos la ansiedad de la muchedumbre que cubre la playa descubierta por el flujo? Un número considerable de marineros atrevidos se han arrojado al mar para procurar recoger los naufragos. La oscuridad se hace mas densa; el viento corre mas violento que nunca; las olas se elevan impetuosas y rápidas: apenas se distingue el buque. El mar, con sus olas enforocadas, obliga á los que atrepados á retroceder. He reporte un solo es arrojado á los pies de los espectadores; despues papa, restos del buque, y últimamente cadáveres.

Corren por todas partes con faroles; se precipitan en el agua: á cada momento se amontonan mugeres, niños, hombres.... ¡todos muertos!... Un marinero corre hácia una roca; cree ver algun objeto que se adiverá en la sombra: es un desgraciado de la tripulación; lo roga, le lleva al hospital de la *Sociedad Humana*; en otra roca se arrojan otros dos; el uno es hallado sin conocimiento, agarrado en medio de un espasmo á una tabla que la ola há impelido hácia la costa; el otro se resaca en la arena de la playa: está inanimado; se le

transporta á la fonda de la marina, donde los cuidados mas tiernos les son prodigados por el dueño de la fonda, y sobre todo por una inglesa, Mme. Austin, cuyo celo y valor fueron admirables. Otra jóven inglesa, Mme. Carles, hija de Mr. Awel, cuyo abuelo fundó la *Sociedad Húngara*, y que se halla hospedada en la fonda, se apodera de una jóven que habian llevado desnuda y depositado en la mesa del comedor; á fuerza de fricciones se llama un tanto el calor, pero ¡ay! ninguna esperanza: la desgraciada abrió los ojos, y despues de exhalar el último suspiro, se la llevan, y Mme. Carles voló á prodigar sus cuidados á los demas. La desgraciada estaba dotada de una belleza notable.

En este momento los marineros de la decana y de la *sociedad* prueban una actividad que es imposible describir. A medida que se traen los cuerpos, los cirujanos se apoderan de ellos, se les envuelve en mantas, se les sangra. Una muger hace un ligero movimiento; sale de su brazo una sangre negra; levanta sus párpados; renace la esperanza; pero muere! A medida que se hacia aquella terrible inspeccion, se depositaban los cadáveres en un estremo de la sala.

Los dos naufragos á los cuales Mme. Austin prodigó sus cuidados, se han salvado, han recobrado sus sentidos: sabemos por ellos que el buque que ha naufragado es inglés, que se llama el *Anfitrite*, que es buque de transporte para los condenados á la deportacion; tenia á su bordo ciento ochu mugeres, doce niños, diez y seis hombres de tripulacion; los marineros que se han salvado son: Juan Richard, Rice, Juan Owen y Jaime Towsey. Owen, que era el contramaestre, es un hombre que se halla en la fuerza de su edad; Rice y Towsey son dos jóvenes.

1.º de setiembre, á las nueve de la mañana.

Hallábase á las seis en la decana. Durante la noche se habian recogido cuarenta y tres cadáveres del sexo femenino. He visto, por mis propios ojos, coger en el puerto una muger que astringía entre sus brazos un niño de dos años. Casi todos los cuerpos estan despojados de sus vestidos. La playa está cubierta de destrozos: el casco del buque está en cierto modo pulverizado, expresion que no era demasiado fuerte. Nuestros desgraciados naufragos siguen perfectamente. A consecuencia de un capricho del destino, la camarera de Mme. Curtis acaba de recomer en Owen á su vecino y amiga de la infancia. Hemos aprovechado un momento de reposo para interrogar á Owen y á Rice, y hemos recibido las deposiciones que abajo mencionamos.

He recibido igualmente la del valiente Henin; son dos documentos importantes para la historia de este espantoso suceso.

Hemos abierto una suscripcion para los naufragos, y para recompensar á los valientes marineros que han espuesto su vida. En cuanto á Henin, el gobierno está dispuesto á recompensar su intrepidez, pues no es esta la primera vez que se honra con tales proezas.

Ocho de la mañana.

Se acabán de transportar los naufragos y cadáveres recogidos; se han mandado diez atabudes, y mañana cubrirá la tierra sus despojos. Es de creer que el mar durante el flujo arroje otros cuerpos.

Deposicion de Henin (Francisco), patron de la barca pescadora, del puerto de Bolonia.

Henin declara que, hácia las seis menos cuarto, dijo al capitán del puerto que quería irse á bordo del buque harado, y que los marineros no habian de hacer sino seguirle; que en cuanto á él, estaba decidido á hacerlo solo; que corrió por la playa con una cuerda, se despojó de sus vestidos, y se arrojó al mar. Cree haber nadado por espacio de una hora, y haberse aproximado al buque á las siete. Llamó con la bozina al buque y gritó en inglés: Arrojadme una cuerda para conducirnos á tierra, ó sois perdidos; porque se aproxima el flujo. La tripulacion le oyó; hallábase entonces á estribor del buque, que hasta todo; vió un marinero, y le gritó díjese al capitán arrojársle cuerdas. Los marineros le arrojaron dos de ellas, una de la proa, otra de la popa; pudo únicamente asirse de la de la proa. Dirigióse entonces hácia la playa; pero la cuerda que llevaba era corta y le falló. Volvió al buque, se ató á él, y gritó la tripulacion le subiera á bordo; pero entonces sus fuerzas le abandonaron; se sintió agotado, y con suma dificultad pudo llegar á la playa.

Deposicion de Juan Owen; naufrago del Anfitrite.

Juan Owen declara haber nacido en Gurbert, en el condado de Kent (Inglaterra), y ser el contramaestre á bordo del Anfitrite, buque de transporte, su capitán Hunter, Mr. Forster, cirujano, con cargo, para Sidney-New-South-Wales, teniendo á bordo ciento ochu mugeres y doce niños condenados á la deportacion, y diez y seis hombres de tripulacion.

El último zarpo de Walyon el domingo 26 de agosto; la tormenta empezó en la noche del 29 cuando el buque daba vista á Dun-

geese; calcula que estaba á tres millas al este del puerto de Bolonia. El capitán hizo sus esfuerzos para alejarse de tierra, pero fué en vano. Sobre las cuatro de la tarde del sábado, el buque fué arrastrado por la violencia del viento hácia el puerto, y tomó tierra. El capitán mandó anclar, con la esperanza de que durante la marea podria el buque flotar de nuevo. Hácia las cinco una barca francesa fué á socorrerle, Owen y Rice, ni ninguno de la tripulacion tuvieron noticia de ella. Se ocupaban en este momento en trabajar bajo el puente y arreglar sus los, esperando poder desembarcar. Creó que entonces habria sido posible salvar á todos. Antes de la llegada de la barca, vió Owen á un hombre, desde la costa, y con su sombrero hacia señal para que desembarcase. Vió despues llegar á nadó á un hombre por la popa, que le gritó en inglés le arrojase una cuerda, lo que el declarante iba á hacer cuando se lo impidió el capitán.

Despues de la partida de la barca el cirujano preguntó por Owen, y le dijo bolara al mar la lancha grande, y esta, á consecuencia de una contienda con su muger, que quería desembarcar en aquella, impidió á todos los condenados lo verificasen. El doctor varió de opinion y manifestó que ninguna lancha iria á tierra, lo que impidió desembarcar á los condenados que se hallaban sobre el puente, bajaron para arrastrar sus los, y pidieron á grandes gritos la lancha; tres mugeres digieron á Owen que habian oido al cirujano decir al capitán no aceptara el auxilio de la barca francesa.

A las siete empezó la marea; y la tripulacion, viendo que no habia esperanza de salvacion, subió á la verga, permaneciendo las mugeres en el puente del buque. Owen cree que las mugeres permanecieran en esta situacion mas de una y media. De repente se abrió el buque, y todas las mugeres, excepto una, fueron arrojadas por las olas. Owen, el capitán, cuatro marineros y una muger se hallaban en las vergas. Owen juzga que permaneció en esta posicion cerca de tres cuartos de hora. Viendo que los palos, vergas y velas estaban á punto de ceder á la violencia del viento y del mar, dijo á sus compañeros que era inútil permanecer mas tiempo; que iban á pelear, y que era preciso procuráran andar hasta llegar á tierra. Se lanzó entonces al mar, y cree haber nadado una hora antes de llegar á la playa, donde fue corrido por un francés, y conducido, sin conocimiento, á la fonda de la marina. Owen añade que estaba completamente convencido del peligro que corría el buque desde el momento del naufragio, y que preguntó á sus compañeros si no pensaban como él que habian podido salvarse entonces. Respondieron que sí, pero que no habian querido aparecer ajustados.

Deposicion de Juan Rice.

Declara haber nacido en Londres, etc. Continua la deposicion de Owen, y añade que hizo notar al capitán la presencia que, desde la popa, le hacia señal que desembarcase; el capitán le volvió la espalda.

Preguntado con este motivo, dijo: que el capitán no estaba interesado, y queria la propiedad del buque. Owen y Henin dicen que todas las mugeres estaban encerradas, pero que antes del peligro forzaron las puertas y se precipitaron en el puerto. Habia ya seis pies de agua en la sentina.

Se sabe que el valiente Henin, que ha representado un papel tan brillante en este desastroso naufragio, ha recibido muestras de interes de los dos gobiernos inglés y francés. Entre otras recompensas, el ministro de marina le concedió con la legion de honor.

DON FRANCISCO SÁNCHEZ BARBERO.

(FLORALBO ERISTICO).

ARTICULO I.

«Tenia una habilidad especial para la poesía latina; es que todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice D. Manuel José Quintana.

«Sanchez Barbero, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las extravagancias que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto D. José Gámez Hermosilla.

Jurcos tan opuestos no pueden menos de llamar la atencion sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece tambien que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Morínigo, pueblito de corto vecindario á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad íntima con otro jóven, despues erasmista tan digno como sábio madesto, á quien se debe la conservacion de las poesías latinas y castellanas que Floralbo compuso durante los tristes años de Mel-

lla. En el aislamiento del colegio se dedicó con ahínco á los estudios literarios, puestos en voga y perfeccionados por Cadalso, Meléndez y tantos otros que en pos de ellos formaron y acreditaron justamente la escuela saluberrima. Sanchez Barbero salió á estudiar jurisprudencia, marchando despues á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacia, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entónces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano* que mencionamos en los «Orígenes del teatro español», y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composición «En la muerte de la duquesa de Alva»; el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebosan de estro lirico; los «Principios de Retórica y Poesía», en que á breves y claras reglas se une el ejemplo del estilo, y que han servido mas á la juventud que el pomposo farrago de otros preceptistas; y las tres «Odas al combate de Trafalgar», corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocían.

Por este tiempo ocurrió la invasión de los franceses. Sanchez Barbero, patriota de corazón y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba venciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro dias encerrada en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando previamente la amenaza (que le intimó el general Bagoñá) de ser fusilado si intentaba escaparse. A pesar de ella logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz pocos dias antes de instalarse las Cortes. En medio de todos estos conflictos, sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de las cuatro édsdes del hombre comparadas con las estaciones del año, varias poesías líricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso: se dedicó tambien á sus estudios predilectos, y redactó *El Conciso*, periódico céntrico que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Contribuyó por último la guerra, y Sanchez regresó á Madrid lleno de júbilo y esperanzas (la pronta desamortización), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de S. Isidro y en censor de lecturas, y en la publicacion de *El Ciudadano*. ¿A qué lutas de referir la exhuba historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del rey despojado?... Basta á nuestro propósito recordar que algunos trabajos de juramento y hitos de palmos, minutos abros (la posteridad los califica de *negros*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su odio y sus trabajos. Entre estos se contó Sanchez Barbero. Las cárceles no bastaban para las victimas, y tambien las atorgaron en sus reinados el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martín, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre vibraba las lujas del *francés* y del *Atalaya*, sangres pedían tambien algunas voces desde la céntrica del Redentor, y por un refinamiento de odio, cuidaron de ahuyentar los consuejos de la amistad propagando la noticia de que desafiados esplos se desahaban entre los infelices presos. Escusada es la pintura de tamaños vejámenes. No los hemos visto semejantes despues de 1813?... El estudio fué allí, como en todas partes, del compañero de Sanchez; y mientras que la venganza y la ingratitude cubaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, mientras lema que comparecer ante una comisión especial de jueces enemigos, y responder á las rapeanas preguntas en que le hacían cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen... del *posamiento*, él, con tranquila ánimo, componía su tan no bien apreciada gramática latina, traducía una ópera de Metastasio, y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despojada del monton de reglas que ahuyenan y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos vulgarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *Los Gramáticos*:

En los horrores de la negra cárcel
de criminoso abismo,
cuando con el temor, con el quebranto
el varonil espíritu zozobra,
en aquella guarida del espanto,
y solo al pró de la mísera atento
esta tan ául obra
pudo sereno trabajar.....
..... La matritense
sociedad económica la aprueba,
A su consocio afecto aplaudiendo.

(1) Sed Eallus paderat adest; me carcere (e quod et pccata patris mouerit et exil in).
Circumspice (ubi: subita periculis horores
pauca multa incubuit nos; vigilatque dies).
(Ep. ad D. M. M.)

á la suprema autoridad la lleva,
que la enseño á los jóvenes pidiendo;
pero la negra suerte
su afán tan lejos de premiar estiro,
que sin darle lugar á que cerrara
su pobre maletilla,
moviendo un huracan con soplo fuerte,
arrojóle al presidio de Melilla.

« Mi gramaticulla, decía en 1807 á un amigo, se está en el misterio de Estado, y tal vez in eternum clauduntur lumina noctem. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caído sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel si que la suerte de su padre.» En efecto, no sabió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas, y el favorable dictamen de la sociedad económica.

Llegó por último la terminación de la causa, y usando el rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio con retención en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo en la plazuela de la Cebada al pie de la horca. Al amanecer el 18 de diciembre de 1815 salieron de la cárcel, y fueron en el cabo juntos en Melilla, Arguollos y Alvarez Guerra, destinados á Gemia; Garcia Herreros y Zorrquín á Albuernas; Martínez de la Hoz al peñon de la Gouera; y Calatrava, Ramojo, y Sanchez Barbero, que quedaron en Melilla.

Entónces empezó una nueva serie de sufrimientos que terminaron la vida del ilustre deportado, sin haber conseguido que un solo momento floquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situación, decía, es mucho mas lamentable que la del esclavo Jeremias, porque al cabo comia carne y fruta *meri*. Aquí éste género es contrabando..... Comemos muy mal: he gastado cuanto los santigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino; ya que me desayuné; y dentro de poco, si continúa tan fea situación, trabajaré de aveguar si queda el hombre *camalucarse*. Este mal ha vengendado otro no menos atroz, á saber, la desnudez. Así es que ando á sombra de noche como el ladrón. Y no se crea que pondere; antes bien á ley de presidiario protesto que me quedo muy zagnero.» Esta es la descripción prosaica y positiva de sus padecimientos: la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su intimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traduccion «.... No es fácil señalar un solo instante de placer en todo el dia: falta los mantenimientos del cuerpo, y la razon no encuentra ejercicio.... Las disparadas balas nos alban alrededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en si tiene renovación. Habita en ella gente española de la más criminal, y con el árbol que los mismos moros. Afabilidad cariñosa, aqui no hay que buscarla: es terreno desamorado.... No axoma á él Veris sino con asenblante horrible, dura y despolozmada, con las greñas ensortijadas.... etc.»

Pensando en su infartunio, y lamentando acaso mas el de la España compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin compañeros (1) muchas poesías latinas, y no pocas castellanas. Pasó de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Exceptuando algunos epigramas en que de una manera chistosa, y pintada á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estílos pedantescos de los que llamaba *Gramáticos*, las demás composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mención del presidio; pero sin entregarse á puéres quejas; ni menos á las feas adilaciones que danlgan el nombre de Ovidio. Martínez de la Rosa, Quintana, Arguélles, Alvarez Guerra y otros amigos son los personajes á quienes dirige sus odas.

Menos numerosas, y acaso menos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no solo á la satisfaccion que sentia al superar las dificultades de la métrica latina, sino tambien á que en ese idioma podia dar mas vienda á sus sentimientos sin temer el espionaje de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letillas y cantatas, dos odas en la muerte del duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que «dirigiéndole mas de seiscientos versos sueltos, le zahiere sus hiposos horrores, y su adulación arrastrada al *namen*, *Dios piadoso*, justo, que le deportó al Euxino Ponton... y con más desgracias ponga en parangon las tuyas» (2); otras dos epístolas: una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un posamiento*; y nueve diálogos en que, ya censura viejos contemporáneos, ya elogia instituciones harridas por el viento de la reaccion, en un estilo castizo y sa-

(1) Melilla scriptis, doctis neque foletis amici
nec libri; gratum sit tibi, lector, opus.

(2) Carta á un amigo.

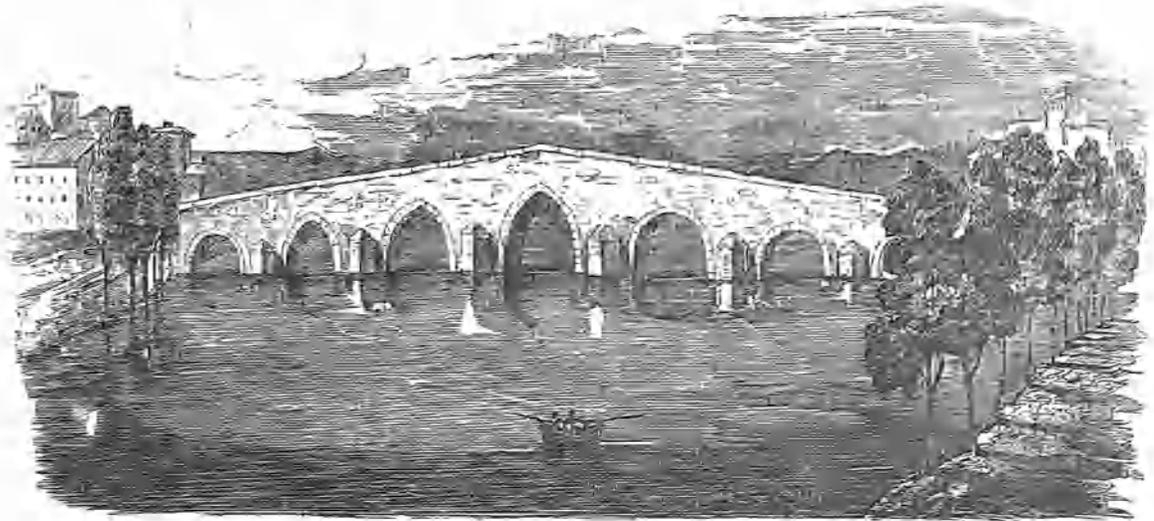
broso, y aun pudiera decirse *Horaciano*. Hizo además una traducción de la *Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias anotaciones sobre la gramática latina: se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, vada roucha, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decía á este propósito:

Segun el argumento

Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento:
Una vez desluzidose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En octubre de 1819 succumbió envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (1).

A. GIL SANZ.



PUENTE DE LUGO.

La carretera de *Lucus Augusti* á *Iria Flavia* es contemporánea á la dominación romana en Galicia, porque está consignada en el itinerario de Antonino. Los romanos señalaron para las legiones venedoras una vía pública que se dirigía desde el convento jurídico lucense por *Brevis* (Erhó en Deza), *Aseronia* (Asorey en Deza), á *Iria Flavia* (Padron). Desde esta remota época se ha reconocido la importancia de una carretera que facilitase á los pueblos del interior la comunicación con su dilatado litoral.

En esta vía pública se atravesaba el caudaloso Miño: los romanos construyeron un puente sobre sus aguas. En el siglo XI la invención de un sepulcro cubrió de casas el páramo de los *Presamarcaos*, el territorio de Santiago, y se echó de ver que la carretera de Lugo debía cruzar por Santiago para nutrirse con la vida de una población importante. Nosotros no hicimos tanto como los romanos: hasta ahora se ha dejado incompleta la comunicación entre Lugo y Santiago.

La dominación de los señores del mundo ha perpetuado en Galicia la huella augusta de su imperio. La antigua ciudad de Orense presenta un grandioso puente sobre el río Miño; cerca de la villa de Padron, la solemne advocación de un puente romano al César sirve para dar nombre á un barrio; el *Pons Casaris* es el *Puente Casares* entre nosotros; en Bibey, cerca de Lavouco, donde Bruto escaló una montaña para hacerla practicable á los conquistadores por medio de los cables *codas*, de las espaldas hacia mención la geografía antigua y moderna, se levanta un puente romano, y en la antigua *Lucus Augusti* las conquistas y los siglos han violado la obra fabricada sobre las arrogantes corrientes del río Miño. El puente de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores en el presente artículo, facilita la comunicación entre la remota *colonia augusta* y el territorio de Santiago. Su origen se remonta á la dominación romana, que consideró á esta ciudad como la cabeza de los gallegos septentrionales, y perteneció á la misma época que el acueducto cuyos vestigios aun se pueden reconocer, y los baños termales cuyos paredones de hormigon revelan que sus alhauites fabricaban para siglos, advirtiendo la prolongada duracion que estaba reservada á su dilatado imperio.

Sentada la ciudad de Lugo sobre una izquierda del Miño, permite distinguir á la distancia de mil pasos la cuenca del mediodia por donde corren las aguas del río mas célebre de Galicia. En el descanso de esta pequeña cima donde concurren la antigua calzada y la moderna carretera, se encuentra el puente construído de cantaría y pizarra en durísima masa, con ocho arcos desiguales, sostenidos sus pilares con fuertes corta-aguas y seguros pretiles. Su forma es en parte angular por las dos vertientes que se unen en las entradas segun el estilo romano. El ancho de su fábrica es de 6 1/2 varas, su largo de 125, y su elevacion desde la corriente de las aguas bajas 13 1/2

Con el objeto de evitar que las crecientes del río impidiesen el paso por la parte de Lugo, como lo sucedió en diversos años (2), se alzó en 1828 su entrada por entre casas, añadiéndole dos grandes alcantarillas para dar salida á las aguas. A ambos lados del puente se encuentra un pequeño barrio compuesto de cincuenta casas, que lleva su nombre, y muy cercano á su fábrica el establecimiento de los baños termales sulfurosos, el sitio de recreo del obispo, conocido por la casa y huerta de *la Peña*, y el pequeño hospital de San Lázaro. En mayo de 1809 fué volado por los franceses su arco mayor como un recurso estratégico para que los ejércitos españoles no pudiesen alzarlos, y en 1818 se ha construído de nuevo por cuenta de los fondos de caminos, formado ya el proyecto de dirigirse por él la carretera de Santiago.

Las conquistas de los nuevos destruyeron el puente romano de Lugo, convirtiéndolo en ruinas este monumento importante que unía las floridas vertientes del celebrado Miño. En el siglo XII fué reedificado para facilitar la comunicación de los pueblos del interior, que apelaban á las armas en la defensa de sus localidades. Por algunos documentos que existieron en la catedral y en el convento de la Nova, constaba que en 1551 se habia reedificado y no construído de nuevo; en el testamento de doña Berenguela en 1599, se destinaron 200 *maravedies para el puente de Lugo*, y en el que hizo Diego Alvariz dió para el mismo objeto una casa que se vendió al caballo. Los encargados de su última reedificación fueron Fr. Bolaña, religioso franciscano, y Luna Paraz de Rox.

Desde el siglo XVII se cobijó por el obispo, en virtud de una cédula dada por Felipe V, cierto derecho de portazgo por los carros y caballerías que no pertenecian á su comarca jurisdiccional, cuyo derecho fué abolido posteriormente.

En la actualidad el puente de Lugo, como la mayor parte de los monumentos antiguos de utilidad no interrumpida para las generaciones venideras, conserva las restauraciones de diversas edades que renovaron la fábrica primitiva. Cada conquista destruyó un pilar,

(1) Los efectos que Sancho Barbero dejó al morir valian 590 rs. Constan en pedras de copa usadas y la mejor en una levata de palo azul tasado en 160 rs. El documento que nos sustruimos está necio, concluye así: «ta como que repren le relasyon que antosado, firmada del capitán de la compañía de D. Francisco Sanchez Barbero, C. D. G., se invitó en misas por su alma, e pñadas por D. Juan de Campos Infantes, cura pñado y vicario interno de esta plaza, y por mí el capellan archidiano del Real Hospital de esta plaza de M. D. G. á 6 de Noviembre de 1819.—Fr. Pedro Valdeba.

(2) En una copia de sus pedras existe la inscripcion que dá á conocer el punto aludado, acañ la crecencia de aguas en 26 de Diciembre de 1788 que puso en peligro á los habitantes del barrio del Puerto.

cada siglo llevó una piedra. Llegó después la paz, y el pilar fué reedificado y la piedra renovada. Al arco rebajado de los romanos sucedió el arco apuntado de la edad media. Lo nuevo cubrió á lo antiguo como la corteza al tronco.

Dentro de las hileras de piedras renovadas en 1818, se encuentran tal vez algunas donarias de Augusto arruinadas antes de la era cristiana. Esta es la verdadera carta de antigüedad de las obras públicas, su verdadera carta de nobleza. La historia es el mobiliario de estos monumentos solariegos de las artes.

AXRORIO NEIRA DE MOSQUERA.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernán Caballero.

(Continuacion.)

De cierto que si la madre de Servando ó otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Napoleon le Noir, hubiese tomado está bus y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

No tengo el mérito de casarme por moralidad, amigo mio, repuso Servando; lo tiene aquella divina criatura tan imposible de seducir como imposible de olvidar.

—Una Lucrecia! ¡qué casualidad! — ¡Hay muchas por aquí!

—Averiguadlo, respondió Servando saltando una carcajada.

—¡Me guardaré! — ¡me guardaré! — contestó picado Mr. le Noir; no me quiero esponer á dar con tan inexorable Vestal que me hiciese perder la cabeza al punto que la habeis perdido vos; guarda, Pablo, como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas de dos tiros que me sirven para los desafíos.

—Pues, amigo mio, cada cual busca la felicidad á su manera; por mí no puedo ser feliz sin aquel ángel.

—Buscad otra voz: el ángel ha pasado de moda. Espolvale á *Cloris*, es espantosamente roscoso.

—Si vieras qué liella es!!

—¡Ya! — las fets no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazón tan amante!

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—¿Antipatía? ¿y por qué?

—Porque un *corazon amante* es el mas despótico y egoísta tirano; es la caja de Pandora; es un monumental de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y de recomenciones. Pero á todo esto ¿quién es la dichosa?

—No me desleño en decirlo: es la hermosa hija del picador que mató un toro en la corrida del día de San Juan.

—¿La hija de un picador? dijo sin alterarse Mr. Napoleon, ¡una *mezalianza!* es muy *fashionable*, amigo mio, pero es muy bauto.

—¿Tonto?

—Si, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa, es una pilla.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza, y para mí es un asunto de corazón.

—Este es el lenguaje de un estudiante de Jena, de un Werther apreciable y candido.

—¡Ah! ¡si la vierais!

—Por vista—será una Venus—pero toda la belleza del mundo no hace un partido conveniente.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, estremadamente novicio, *moncher*.

Monsieur Napoleon se creía padre maestro porque siempre pensaba lo peor; así hay muchos, que se suelen equivocar de medio á medio, como le Noir en esta ocasión.

—Mi palabra está dada.

—Palabra á mugeres! — *nolans donc!*

—Me casaré—si señor, me casaré.

—Y tened presente que es para toda la vida, segun las sábias instituciones que nos rigen.

—Ello es, dijo riendo Servando, que no sería malo el poder renovar la mercedia cuando se avería ó que causa.

—Ved ahí por lo que no quiero casarme, por no ser mal marido, porque eso de *siempre perdís*, hasta al obispo causó cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV. Creedme, desistid de esa locura.

—Oh! imposible, imposible! exclamó Servando. Sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haceis un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar á aquel *dragon de virtud*—eso es novicesco—entendido, y golpe digno de un legítimo Don Juan de Tenorio, héroses poético, cantado, admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía! — exclamó Servando.

—Y vos un tipo de moralidad digno de recibir el premio de virtud sustituido en mi país por monsieur Monbhan. ¿No veis que esa *myrta*, esa marisabidilla, cuando llegue á desengañarse estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis habeis pagado vuestra deuda?—¿Qué mas puede apetecer?—No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais. — *Moncher, cela se voit tous les jours!*

Servando era una de esas naturalezas, como por desgracia hay muchas, semejantes á las materias odororas, que se impregnan tan luego de la esencia de aquellas con las que se ponen en contacto, sea el distinguido y bello sáfalo, sea el vulgar y detestable almizcle; naturalezas fluidas como los rios, impetuosas á veces, pero que siempre siguen la senda por donde se les quiere llevar. Por eso es que dice aquel verdadero refran sacado, como la mayor parte, de un profundo conocimiento del mundo y del corazón humano, *dime con quien andas, y te diré quien eres*.

Monsieur Napoleon le Noir, no solo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando de cometer el mas indigno fraude, el mas horroroso alcauto, sino que le ayudó en un todo á llevarlo á cabo, haciendo en esa horrible farsa de testigo, y su Gil Blas de sacerdote fingido.

Pasaron algunos meses felicísimos, que fueron para Regla y Servando esa *tuna de miel*, como dicen los alemanes ó ingleses, que para los que se aman tiene su mayor encanto en la dulce certeza que encierran justamente las palabras *para siempre*, que tanto horripilaban á Monsieur Napoleon le Noir. — ¿Cuán lejos estaba del amante y honrado corazón de Regla el falso engaño de que habia sido victima! — Y digno esto en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son mucho mas raros que los que son enteramente buenos. Servando, que amaba á Regla, tenia el firme propósito, y ya invariable desde que conoció la esperanza de ser padre, de legitimar públicamente al niño y á la madre, cuando faltase la suya.

Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, otro sabio refran que dice que *por la calle de despues se llega á la plaza de nunca!*

Entre tanto Sebastian, aquel hombre de corazón auguete y honrado que se habia visto espulsado por un nuevo amor del lado de su prima que queria con tanta pasión, cuando muerto su tio, Regla, dueña de sí misma, se decidió á seguir al nuevo amante que le ofrecia el casar con ella tan inesperada ventura, Sebastian, profundamente herido y avergonzado de volver á su pueblo, en el que muy en breve debia ser conocida su desgracia, lo abandonó todo, huyó, y en su desaliento sentó plaza, buscando la muerte que solo apetecía.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa que tenia lugar por aquel entonces, y que daba la perspectiva de una guerra, lo afirmó en su propósito que llevó á cabo.

Servando, inbuido en ideas extraexaltadas, se comprometió ostentablemente en aquellos sucesos que no son del caso referir, y triste recordar, como lo es todo lo que son disturbios en una familia; desgraciadas divergencias de opiniones políticas que toman en contrarios, y á veces en enemigos, muchas personas hechas para apreciarse y quererse recíprocamente.

Servando con su energía facticia, sus llamaretsitas de fuego filantrópico, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, de manera que á la salida del rey de Cádiz tuvo que esconderse para no ser arrebatado. — Desde luego sus amigos le aconsejaron que emigrase por algun tiempo mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos que cada partido condena en el partido contrario, cual si libre se hallase de este fatal sentimiento inherente al hombre. — Fuele hablado al capitán de un barco inglés para que le recibiese á su bordo á él y á Regla, de que no quiso separarse. — La dificultad que se presentaba era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas, bien guardadas de día, se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos muy conocidos de los contrabandistas en grande, que por ellos en todos tiempos y á pesar de la vigilancia han entrado contrabandos en escala mayor. — Para cuántos no han sido los husillos de Cádiz unas verdaderas minas inagotables de riqueza que las del Perú! Aún cuando estan estos husillos, esas galerías subterráneas provistas de trocho en trocho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés excita la voluntad, aguzá el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre: así es que estas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido

La salida por un hueco fue pues el medio adoptado para la fuga de Servando, y fijada para verificarla una hermosa noche de luna.

En esa misma noche Sebastián, cuyo regimiento había venido de guarnición á Cádiz, estaba colocado de centinela en una de los puestos de la muralla.—La luna, que todo lo pone tan bello y melancólico, había aparecido las hermosas y uniformes casas de Cádiz como palacios de mármol; la mar parecía estar en un momento de completa abstracción, y sentir placer en dejarse platear por la luna; los barcos en la bahía estaban inmóviles, cual si estuviesen clavados en un mar helado; alrededor de la vasta enseada yacían tranquilos los pueblos que la circundan como blancos campamentos de un dormido ejército; nunca la naturaleza preparara una noche más tranquila al sueño, mas indisputable al silencio. Sebastián sólo oía el ruido de sus propios pasos, y el vel hondo suspiro de su pecho cuando tendía la vista en lontananza hacia el Puerto, aquel lugar de tuestos recuerdos, de acribas memoranzas, en donde su destrozado corazón había aprendido cuánto dolor podía contener, y cuánta sangre podía derramar por sus heridas. Allí, pensaba, está allí! Ella que tan pronto aprendió lo que nunca por mí podré yo, olvidar su primer amor! Se deslumbró como la mariposa, á la que una luz se presenta.—¿Quedarse en ella, ó ser feliz?—Si siquiera supiese que lo es!—Si la viera una vez siquiera!

Pareció en este instante que oía al pie de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaución hendiese las aguas.—Sebastián se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.—¿Qué podrá ser eso? pensó. Será algún pobre monasterio que buscová mariscos entre las rocas que la marea baja deja descubiertas. El ruido no era interrumpido. La curiosidad movió á Sebastián á acercarse por una tronera. ¿Qué no sería su sorpresa al ver que en un pequeño bancha que se había arrojado á la muralla se disponía á entrar un joven; que este joven hizo una seña, á la que correspondió una mujer, que cual una sombra, pareció que salía de la compacta base de la gigantesca muralla. Sebastián creía soñar.—No quería creer á sus ojos; cuando una voz queda, pero que el completo silencio hacía más clara, pronunció estas palabras: una lemas, Regla.

El corazón del soldado despertó con todas sus pasiones al oír este nombre, cual el dormido león por la voz que le penetra. Regla!—repetía una y apagada y fúlgura voz: ahí! ahí!

Salta en este momento la joven de roca en roca sostenida por la robusta mano de uno de los dos bancheros que venían en la bancha.

El resaca de la muralla era tan considerable, que Sebastián no distinguía bien todo la semejanza. Inicia de sí, suelta el fusil y sube al ancho rebolte que hace dar vuelta el lien al caer sin embargo en el día sobre la argamasa del piso: al oír este ruido, la joven que ya está sentada en la bancha, alza la cara, la que entonces ilumina la luz de la luna.—Sebastián la ha reconocido.—Ella es! Es Regla la que en un bancha al fin te empuja de los brazos de los lanceros se elta resbalándose la figura embarrada sobre la superficie del mar, como un tronco sobre el resaca del viento.—La virgen mancha la vista y hace perder el equilibrio á Sebastián, que resbalando en el plano inclinado de la muralla, no puede más que intentar alta sobre las rocas!

El dolor se ha roto en su caída; ámbos pierden, no puede moverse, y en vano imploran su voz auxilio en aquel paraje desierto, y los horros faltan al relevo de las centinelas.—Por último de horror, la marea empieza á subir agitada é inquietada hasta que llega ansiosa á la muralla cubriendo á su paso las rocas.—Ya en su empuje golpea á las más salientes, y con esto ahuyenta el silencio que hiciera posible el oír á distancia el clamor del desvalido. En vano los redaba; nadie responde, y el agua sube, sube sin que poder conocido contrarreste ni detenga un instante su perniciosa pujanza; el infeliz ensayó de rastrear sobre sus manos; vano esfuerzo, pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas.—Y el agua sube sin detenerse, sin variar, y llegará á la muralla; pasará inextinguible sobre el fin y amarga como la resaca!—Quiere en su agonía verse á una roca más elevada que las que le circundan; no puede; y renae con un hondo gemido de dolor: y el agua sube; ya cubre sus destrozadas piernas, ya salpica su pecho, ya murmura en sus oídos!—Entonces Sebastián, que era un hombre cristiano y valiente, se resaca; cruza sus manos, y levanta su corazón á Dios en actos de fe, pues en su Dios cree á puño cerrado; de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un filioz amor; de esperanza, pues confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!

Y en el horizonte asoma el alba tranquila, blanca, suave, como si el día que vive de la mano hubia de dar la vuelta de este miserable globo sin aminorar horros y sin oír lamentos!

Acomodábase una fresca brisa que henchía las velas de una fragata inglesa que al compás de la monótona centinela de sus marineros, levantaba su lema para lanzarse en lo infinito cual las aves de paso.

Levanta entonces el sereno del puerto, esto es, el falucho que antes de abrirse las puertas de la ciudad trae al buque las frutas y legumbres para consumo diario.—Los marineros divisaron á aquel infel-

liz que ya había renunciado á la vida, lo recogieron y llevaron casi exánimo al hospital.

Habia Servando al llegar á Londres alquilado una casa *pequeñísima* (pues *pequeñas* lo son allí casi todas), pasado Bedlam (el hospital de locos), y el jardín zoológico de Surrey, en el arrabal de Kensington. Entrábase por la puerta de la calle (todas cerradas allí como símbolo de la inhospitalidad) en un corredor largo que al frente tenía una escalera angosta y, como lo son todas, de madera, cubierta con un paño ó lienzo de alfombra que sujetaba en cada escalon una barilla de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducía á la cocina, despensa y otras oficinas que están allí en solana que reciben la luz por zanjias abiertas delante de las casas, y guardadas por vargas de hierro. En el corredor había dos puertas que conducían á dos habitaciones: la primera era una salita con dos ventanas á la calle; la segunda un comedor con dos ventanas al jardín, jardín *pequeñísimo*, frío y estéril que tapizaba un césped verde y liso, césped admirable que cria aquel suelo como para vestir á Inglaterra de Liverpool, y en el que un árbol, un árbol triste como un cadáver, dolgado y languido se estiraba á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia buscando el campo. Arriba tenía la casa dos habitaciones iguales á las de abajo, que eran los dormitorios; el tercer cuerpo consistía en bohordillas, en una de las cuales dormía la sola criada que tenían. Por la mañana, según el uso de allí, llegaba á la puerta el carnicero, el panadero, la lechera y el que traía la hortaliza; lo demás mercaderes y los géneros ultramarinos; los traía la criada de una honda vieja.

En este local que aquí llamáramos tabaco, en lo demás bien y cómodamente alhajado, instaló Servando á Regla, y en el interior completamente sola y aislada, púese hasta el mismo, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el día fuera de su casa. Cuando alguna vez se quejaba Regla sorprendentemente de su completo aislamiento, eran los usos del país, el jaramo de la chimenea, y las pocas relaciones que se servaba tener con algunos profesores para Servando á convencerlo de que no podía ser otra cosa su vida que tal cual era. (Pero quién podrá explicar la profunda influencia que ese llamado en francés *mal del país*, que se apodera de aquella hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel país mojado y empapado, de la espesura y monotonía española, entre pedregales y rocas, y en aquellas que despiden de sí el resaca de un mar que cubre cada pedregal con una sutil paja de mar?)—¿Cual es el resaca de la pobre joven infortunada de sus semejantes la mirada de una joven como ella, muy fresca y alegre por hermosa por entre los pedregales de ruidos ruidos, á la de otras miradas cuyas blancas, serenas y nobles frentes parecen el resaca de la virtud humana?—En el corazón en ella lo espiritual encuentra la dolor amarga de un resaca, mostrando una resaca que así la levanta, y así la levanta.—Las palabras inglesas no se lejan en nada; lo que si bien resaca de sequedad, hace mucho de alto decaer y limo de una vez. Pero esto no estaba al alcance de la pobre niña, ni mucha gente que luego el contacto con ella uno de los casos que así estaban en su circunspección.—Vivase, pues, sola entre aquel mundo que en el constante movimiento, y nunca es más horrible la soledad que en medio del bullicio; pierde su suave tranquilidad; su dulce calma se corrompe.

Cuando consejo tuvo por ómnibus Regla una niña, cuyo comportamiento y actitud pasó solitaria y estalladamente como pasaban todos los demás accidentes de su triste vida.—A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado mas su vida sino en haberse alejado de ella cada vez mas su mundo. Levantábase éste á tres años, salía á las tres, y no volvió á entrar en su casa hasta lo medianoche, así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando no soló constaba ya á Regla falta de cariño, sino un despojo que vivaba en desdén.

Servando había encontrado allí, y había vuelto á intentar con monsieur Napoleon le Noir, pues hay entes que el mal espíritu parece echar siempre en la senda de otros para perderlos.—Mr. Napoleon había querido visitar á Regla, pero Servando había sabido esquivarse de esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio los celos sobreviven al amor, y Servando conocía á un tiempo que Regla era una rara belleza, una perla, y Mr. Napoleon un hombre profundamente corrompido que ignoraba absolutamente lo que era *resaca* en concepto alguno.—Menos corrompido que él, era Servando más virtuoso.—juntos jugaban en los más detestables garitos: Servando se arrojaba y Mr. Napoleon nunca perdía;—juntos bebían, pero nunca Mr. Napoleon se emborrachaba;—en sus despreciables amores nunca prolongaba este amor sus halagos ni sus dolores; y mientras este gran calculador andaba hoyando, rozagante, con tablas de diplomático buscando cosméticos, Servando había á un tiempo destruido en aquella gran habitación su ciudad, su salud, su juventud, su bella parte moral, y envilecida por los vicios, había gradualmente descendido á la base de ignominia á que conducen, habiendo empezado por des-

preocupado, y acabado por ómico. Así, aquel jóven tan bello, tan rico, que fue la gloria y esperanza de sus padres, á quien la vida solo brindaba sonrisas, y el mundo alabios, arruinado, exhausto, mortalmente enfermo, envilecido, fué preso un día por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas *the Fleet*.

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esa la primera vez que esto habia sucedido á su marido; pero temia temia instintivamente *algo*. Tenia su niño en brazos, y para dormirlo le cantaba con dulce y triste voz unas estrofas de una letrilla que recordaba haber oido cantar en su infancia.

Qué no quiero amores
En Inglaterra;
Que otros mejores
Tuve yo en mi tierra.
Que cuando allá vaya,
A fé yo lo fio,
Buen galardón haya
Del buen amor mio,
Que son desvario
Los de Inglaterra;
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra.

Y su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella fria y densa en que vivia sus alegres gorgoros y sus ligeros volateos.

Abríose en ese instante la puerta, y vió entrar á Mr. le Noir. Apodóse de ella una consoladora alegría; veía á un conocido, á un amigo; podia hablar, hablar la lengua de su patria.

Así fué que le dió una cordial bienvenida. Mr. le Noir manifestó con expresiones harto familiares á Regla que la hallaba embellecida, y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba el pais, y si no echaba de menos á España.

Al oír nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

Esta elocuente, aunque muda respuesta, alentó á Mr. le Noir.

—Esto os parece muy triste, dijo; esto es natural.—Es una barbarie dejaros tan sola!

—Tengo mis niños, contestó Regla mirando á su niña sentada á sus pies en el suelo, y á su niño durmiendo en su cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante; á vuestra edad se quiere disfrutar de otras compañías, del mundo y de sus placeres, de simpatía y de amor....

Mr. le Noir, diciendo esto, se acercó á ella grosera y atrevidamente; dándole, esa noche, que ha saltado aquel á quien se la dió.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder al sillón de colajas en el que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero ni deseo más que el amor de mi marido, dijo, despreciando los ojos de la activa española de indignacion.

—Acaso lo tenéis?

—No lo habia de tener su mujer, la madre de sus hijas?

—Qué ilusion tan vaporosa!

—Mas lo son las vuestras, repuso Regla con desden.

—No son vaporosas, sino doradas.

—Qué queréis decir con eso? No os comprendo.

—Que cuando uno tiene la suerte de poder *dorar* sus dias, pasa de la consistencia; de esta suerte pasan de sueños á realidades; de lo ideal á lo positivo; y así espero sucederá con las que abrigo.

—Os olvidais que estais hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo vuestro.

—Con la señora de Ramos, eh?

—Con la mujer de D. Servando Ramos; eso mismo.

—Pobre tortolita!

—¿Habéis venido solo á insultarme?—Esto es inaudito!

—No, no; he venido como los verdaderos amigos, en la necesidad y cuando puedo seros útil; vengo, cuando abandonada estais del mundo entero, á acompañaros y brindaros con mi amor un agradable y divertido porvenir, pues por mis venas no corre la sangre moruna de los Otelos.

—Desbarraís?—esclamó Regla estática al oír las palabras precedentes, que le parecieron aberraciones.

—No desbarro... pero desbarro seria en vos, repuso Mr. le Noir, al desear la suerte que os brinda. ¿Amáis pues tanto á ese perdido que no hace caso de vos?—Vamos! si no hay como tratar mal á las mujeres para tenerlas sujetas, fieles y contentas!

—No se trata de si estoy contenta ó no; se trata de mi deber.—¿Usase acaso en Francia de que las mujeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro es de quita y pon; y no incurrisis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo ni sé lo que queréis decir: lo que si sé, es que deseo conluyais tan escandaloso toma.

—Pero ¿es posible, es creíble, prosigió Mr. le Noir sin dejarse intimidar por las severas repulsas de Regla, que desde tantos años vivais en un error craso, creyendo á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido; y tengais aquella farsa, en que yo licé el pájaro de testigo y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento*, y la ley un contrato indisoluble? ¿Os fingis ignorante, ó lo sois boba y realmente?

Regla, al oír estas palabras, por un violento impulso se habia levantado de golpe, y faltándole las fuerzas, se sostenia sobre una mano apoyada en el brazo del sillón.

—Famosa actriz! dijo Mr. le Noir contemplando aquel rostro livido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz.

—Conque, ¿qué determinais? prosigió; ¿seréis por mas tiempo con vuestra juventud y belleza la victima de ese perdido?

—Salid—dijo n honda y ahogada voz Regla.

—¿Pero acaso sabéis que Servando está en *The Fleet* preso por deudas, y que no tenéis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, torció á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

—Tened presente, prosigió Mr. le Noir, que en Londres no tenéis como en vuestro pais el *gran meson de la estrella* que á todos cobija. El de aqui, cuyas estrellas son de gas, es un coto vedado. Cuando os echen de esta casa el día que no la pagueis, seréis severamente perseguida por vaga.

—¡Idos! ¡idos! gritó en su desatiento y desesperacion Regla. ¡Idos, ó pido socorro!

—Vamos, *cachaza!* como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor; no os exalteis; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado con las frescas nieblas del Támesis.—Dejaré caluar la sangre andaluza *mousacuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposicion de apreciar lo que en vuestra situacion vale un amigo.

(Se concluirá.)

Los periódicos de estos últimos dias han anunciado la desgraciada muerte de un jóven, que se habia arrojado al Canal: este jóven era un poeta, amigo nuestro; un jóven de verdadero talento, un poeta de esperanzas y porvenir. Pero el poeta no habia tenido tiempo ni calma suficientes para escribir una de esas obras que *dan á conocer*, y el jóven vivia en una posición demasiado modesta para que su muerte produjese otro efecto que el de una estéril compasion, ó algunas frias reflexiones. Su cadáver ha sido enterrado pobremente; nadie ha hablado sobre su tumba; las *gacetas* de los amigos han sido su *única* fúnebre.

Nosotros hemos habido á mano algunos versos suyos, y vamos á publicarlos, no para que los juzguen los *inteligentes*, sino para que los *hombres que sienten* hagan justicia al poeta; para que las *almas frías* respeten al suicida. Los versos son estos; ignoramos si son las mejores ó los peores de su autor; si diremos que nos han hecho doler amar lágrimas.

¡Suigo!

[Dulce palabra! suena entre mis labios,
regala con tu encanto mis oídos....
deja que te pronuncie.... tú eres sola
la única ilusion que no he perdido.

Quisiera pronunciarle en otro idioma
que no fuera el del mundo, en otros signos
quisiera ¡ay! escribirle.... la palabra
no dice todo lo que yo concibo.

Tú, que me amas con afecto puro,
tú, que te nombras, sin mentir, mi amiga,
oye la voz de la amistad; escucha
lo que te dice un corazón marchito.

Sí, yo te amé tambien, y te profesé
un nunca visto y sin igual cariño.—
Sí, yo en mis horas de mortal angustia
lloro á tu lado, y me consuelo, y gimo,

Si cuando sola estoy, de tí me acuerdo,
y te liguro siempre, aqui.... conmigo,

Llorando, si yo lloro en tu presencia,
riendo, si delante de tí rio;

Si antes de conocerte, ya como eres
te soñé yo, sin que te hubiese visto;
si esa alma que tú encierras, de mi alma
fué creación, como de Dios lo ha sido;

Si el alma mía es..... el alma tuya;
y la tuya es el alma..... de mí mismo;
si tú y yo somos uno, solo uno.....
llámame á mí, por Dios, llámame *amigo!*

No quiero que tú digas: *lo soy tuyo*.....
quiero que tú me digas: *lo eres mio*.....
porque aunque me aborrezcas, no me importa:
ódiame si tú quietes..... ¡soy tu amigo!

Tu amigo soy: aunque se oponga fiero
á la amistad de entrambos el destino,
aunque lejos, muy lejos, nos separeo
á uno del otro, aunque el sepulcro mismo
encierra la mitad de la existencia
con que sobre la tierra ambos vivimos,

yo llevaré en mi corazón el tuyo,
si es que acaso en el mundo sobrevivo;
y si muero, en el fondo del sepulcro,
todavía seré ¡siempre! *tu amigo.*

Me acordaré de ti..... vendré á este mundo
como vienen del cielo los espíritus;
y estaré junto á ti..... mientras que vivas;
iré á tu lado, te hablaré al oído.....

Te enjugaré las lágrimas que viertas,
recogeré tu lloro y tus suspiros.....

y cuando exhales el postrer aliento,
en el Cielo verás que soy tu *amigo!*

J. IZA.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MORATIN.

SONETO.

No evídie el pobre y lento MANZANARES
Perder su curso en apartada zona,
Ni en su puro cristal la hinchada lona
Reflejar de bageles á millares:

Ni del Ebro el caudal, ni con los mares
Su imperio dividir, ni la corona
Que entreteje la próspera Pomona
Al rey de los viñedos y olivares:

Ni lloro en honda pena y desconsuelo
Al arrastrarse por la muerta arena
Murmurando su afrenta y su desdoro:

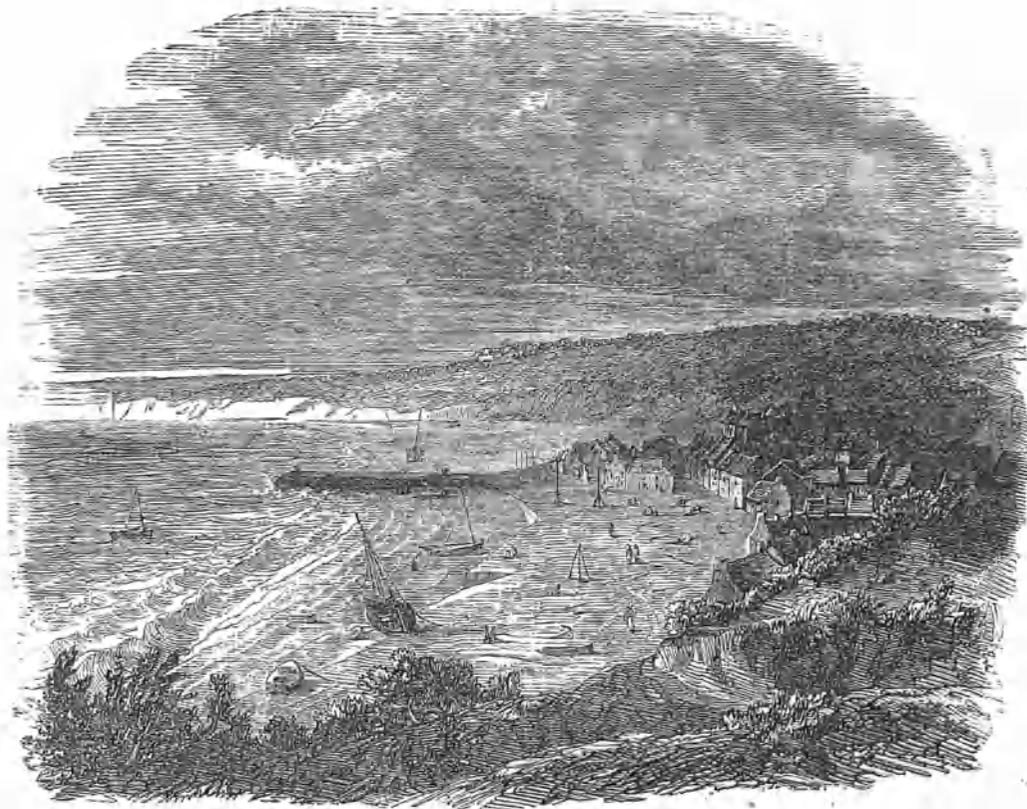
De envidia y de rubor prorumpo en duelo
Al ver que guarda su rival el SENA
De INARCO el preciadísimo tesoro.

LUCIANO PÉREZ DE ALBORNOZ.

Madrid 40 de Marzo de 1851.

SOLUCION DEL CROGLÍFICO PUBLICADO EN EL N.º 10

Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes.



(La playa en el puerto de Canale.)